

Martha Legarreta: El bosque de la imaginación

Enrique Servín (1958-2019)
In memoriam

El arte es emoción compartible. A través de las palabras, las formas plásticas, o los sonidos, el artista genera estructuras que cifran lo que es originalmente una experiencia personal de intensidad y la convierten en lo que habrá de ser una experiencia compartida, capaz de revivir, modificarse con cada destinatario y potencialmente permanecer. Martha Legarreta ha demostrado desde hace algún tiempo ser una artista; una mujer de inteligencia y sensibilidad que es plenamente capaz de transmitirnos toda su intensidad y su riqueza interior. Pero muchos pensábamos que su lenguaje, después de todo, era el lenguaje de la poesía, esa magia mayor por la que una invisible combinación de sílabas es capaz de hacernos soñar, de transformarnos. Martha, después de todo, había escrito y publicado excelentes poemas y, además, soberbias traducciones de Eudora Welty, una gran narradora estadounidense todavía poco conocida en el ámbito de la lengua castellana.

Una tarde, después de una sesión en la que compartimos, como es nuestra costumbre, café y literatura, Martha me hizo ver un cuadro suyo en el que aparecía un gran chapulín enamorado de una extraña versión de Dafne. Se

trataba de una mujer que, para escapar al amor, en lugar de convertirse en árbol de laurel se convertía en un soberbio, aunque triste, árbol de mariposas. Independientemente de cualquier consideración técnica, dos características difíciles de conjugar se hacían presentes en aquel trabajo: ironía y nostalgia. Era evidente que la poesía de Martha Legarreta podía aflorar con brillantez también en otro lenguaje: el de las formas rigurosas y deslumbrantes de la pintura.

A partir de entonces, Martha ha estado preparando silenciosamente la serie que (ahora) presenta bajo el nombre sugestivo de “En el Bosque del Pensamiento”, una breve, pero muy sustancial serie de telas, en las que nos demuestra su rápida y admirable evolución como pintora. No hay aquí saltos bruscos, no hay experimentos ni estridencias. Hay una inteligente concatenación de momentos pictóricos en los que el talento se transmuta con rapidez en oficio y en afirmación de una individualidad. “Un buen artista”, nos dice Jackson Pollock, “se pinta a sí mismo”. Es verdad, ya que si el arte involucra —en el juego de la creación— a la memoria, a la tradición y hasta al azar, también tiende a ser una poderosa extensión psíquica del yo individual, o mejor dicho, de sus secretos más indómitos y profundos, y por lo tanto poco a poco va constituyéndose en un idioma independiente y autónomo que no excluye ni la desobediencia ni la franca ruptura.

Son diversas las virtudes que fácilmente se reconocen (en esta exposición) de la artista; desde el completo dominio técnico que muestra en cuadros como “No hables del Olvido”, en el que son notables los efectos de las sutiles veladuras extendidas sobre una áspera superficie labrada a base de rayones y esgrafiados, hasta su envidiable capacidad para generar juegos de verdaderas tensiones internas, como en el extraordinario “Es real eso que somos en el bosque del pensamiento”, cuadro que da título a la exposición y en el que la emoción de la experiencia amorosa irradia inequívoca, lograda por los distintos y contradictorios elementos de la composición: un sol blanco y un sol negro; una cama de terrones y raíces; una alcoba amatoria hecha de árboles que pueden ser estalactitas, o fantasmas, o remotos presentimientos.

Algunas marcas reaparecen en varias imágenes y llegan a intrigarnos con las interrogantes que nos plantean: Los árboles son verdaderas presencias y llegan a irrumpir en los interiores de las casas. La luz es siempre densa y con frecuencia necesita de focos o de soles que la hagan fluir. Las aves parecen sentir lástima de los seres humanos que contemplan. Zeus, en forma de cisne ¿viene a enamorar a Leda, o acaba de despreciarla para siempre? ¿Qué son esas sillas rotas? ¿Quién se

sienta a contemplar el vacío, o la eternidad, o la luz, desde esos esqueletos de madera ingrávida y desvencijada? El tema, sin embargo, parece ser el mismo a lo largo de toda esta serie: el deseo, los laberintos del amor, la espera, la constante necesidad de completud que no se logra, como lo dijera Juan de Yépez hace ya casi medio milenio, sino con la presencia y la figura.

La pintura de Martha Legarreta, afiliada de manera bastante libre al lenguaje del surrealismo, explora, entonces, el método abierto de la figuración mediante lo imaginario. Y la imaginación, ya se sabe, es la loca de la casa. Haciendo uso de esa libertad la artista nos abre puertas cuya existencia todos habíamos ignorado, y al abrirlas nos invita a pasar hacia cuartos que, desde el caluroso desierto chihuahuense, dan directamente al mar, al Huerto del Edén, o a la noche, o al Bosque de los Pensamientos. Todo es posible en esos espacios recién conquistados, recién arrebatados ya sea a la oscuridad o al blanco absoluto: las fronteras que dividen y contienen a los seres se desdibujan, los peces vuelan, el tiempo se detiene, y el deseo —contradictorio como la vida, al mismo tiempo oscuridad y luz cegadora—, aclara frente a nosotros su verdadero sentido: el de hacer encarnar, en el cuerpo del que ama, el único sentido del mundo. 

